



## *El alcance de unas elecciones*

**L**as elecciones convocadas para el 6 de junio de 1993 prometen tener una importancia desusada, mayor que las anteriores, comparable a las de 1982. Las razones son múltiples. En primer lugar, parece probable que signifiquen un cambio de equipo gobernante. Esto es normal en una democracia, y no justificaría que mereciesen una atención especial.

Pero hay unos cuantos hechos que conviene tener presentes -es increíble la debilidad de la memoria en la mayoría de las personas, lo cual puede tener graves consecuencias.

Las primeras Cortes democráticas desde 1936 fueron las Constituyentes de 1977. Cuando se aprobó la Constitución a fines de 1978, como las Cortes no habían sido convocadas como constituyentes, hubo especulación sobre si continuarían o serían disueltas. Se dijo que Adolfo Suárez aprovecharía todo el plazo de que disponía, pero las disolvió el primer día que fue legalmente posible.

Ganó, con su partido UCD, las de 1979, con una mayoría que superó la de 1977, sin ser absoluta. Fue atacado con encarnizamiento por el partido socialista, secundado por casi todos los demás. El PSOE presentó, con muy escaso fundamento, un voto de censura de especial virulencia, que fue derrotado, pero exclusivamente por los votos de UCD, pues los demás, incluida Alianza Popular, se abstu-

**JULIÁN  
MARIÁS**

*«Bipartido socialista ha impuesto sus propios criterios, usando a fondo su mayoría absoluta, sin tener en cuenta ninguna otra posición.»*



«El partido socialista no se ha limitado a ejercer el poder -lo que legítimamente podía hacer, por haber ganado las elecciones-, sino que ha ejercido en exclusiva y en forma de monopolio la *gestión íntegra de la vida nacional*»

vieron y le negaron sus votos. El gobierno quedó triunfante, pero debilitado por esa falta de apoyo.

A comienzos de 1981, Adolfo Suárez, que no había sido derrotado ni había perdido ninguna elección, dimitió de la Presidencia del Gobierno. En el momento de la votación de su sucesor, Leopoldo Calvo-Sotelo, se produjo el lamentable episodio del 23-F, que todo el mundo recuerda. El nuevo Presidente disolvió anticipadamente las Cortes a fines del verano de 1982, y en las elecciones de octubre triunfó el partido socialista con mayoría absoluta, que, al menos técnicamente, ha conservado hasta ahora. La política, desde entonces, ha significado un cambio decisivo respecto de la del período anterior. Frente a la *consenso*, mantenida por Suárez, acaso hasta el exceso, frente a la voluntad de contar con los demás y asociar a la

nación entera a los programas del gobierno -empezando por la Constitución-, el partido socialista ha impuesto sus propios criterios, usando a fondo su mayoría absoluta, sin tener en cuenta ninguna otra posición. De este modo ha llevado a cabo toda una serie de transformaciones, muchas veces solamente con sus votos - que eran suficientes-, y así ha ido ocupando sucesivamente las parcelas de poder *social* que hasta entonces quedaban fuera del político: Judicatura, Colegios profesionales, Bolsa, empresas privadas, todo ha ido siendo sometido, de manera creciente, al influjo del Gobierno y de su partido.

Las jubilaciones anticipadas de los setenta a los sesenta y cinco años han apartado de las funciones rectoras de la sociedad -Universidad, Magistratura, Diplomacia, etc. - a las figuras de más experiencia y prestigio, verosímelmente de más fuerte personalidad e independencia, que han sido sustituidas por otras más jóvenes y probablemente más dóciles. La presión fiscal, que ha aumentado extraordinariamente -aproximadamente el doble que la de los Estados Unidos-, ha puesto en manos del Gobierno recursos cuantiosos, que han aumentado su poder, a expensas de una sociedad con capacidad muy limitada de inversión y de ahorro, es decir, de poder económico.

Lo más significativo, sin embargo, no ha sido esto, sino que el partido socialista no se ha limitado a ejercer el poder -lo que legítimamente podía hacer, por haber ganado las elecciones-, sino que ha ejercido en exclusiva y en forma de monopolio la *gestión íntegra de la vida nacional*. Fuera de él, nadie ha tenido la menor posibilidad de inspirar, organizar o dirigir las múltiples funciones que constituyen la vida colectiva de una nación europea. Como los afiliados a un partido son una exigua minoría, y este es el caso del que ocupa el poder, esto significa una inversión *social* de la democracia, aunque no se altere la legalidad política: la inmensa mayoría de los españoles está excluida de toda intervención en la marcha de la nación, salvo la de votar cuando hay elecciones.

Se comprende ahora por qué las próximas van a tener gran alcance. El poder se ha ejercido hasta ahora con una voluntad de perpetuación que

recuerda demasiado la experiencia española anterior a la Monarquía, y algunos modelos que existen en otros países no europeos. Si de las elecciones del 6 de junio sale una nueva mayoría socialista, se tendrá la impresión justificada de que se ha establecido un sistema inalterable y permanente, en virtud del cual la inmensa mayoría de los ciudadanos quedan reducidos a la condición de espectadores de lo que una pequeña minoría decide y hace.

**S**i la gestión del Gobierno hubiese sido acertada y eficaz, cabría la resignación de los que no tengan voluntad de intervenir en la vida de su país y se contenten con una administración. Pero la realidad es bien distinta, y después de una larga época de elogios constantes a los «éxitos», ha resultado súbitamente evidente que en realidad se trataba de fracasos. Parece evidente que hay que hacer *otras cosas* y además *de otra mane-ra*. Sobre todo, que hay que devolver a los individuos, a los grupos sociales y a la sociedad entera la libertad que había empezado a gozar desde 1976 y que desde 1982 no ha hecho más que disminuir. En 1984 publiqué un artículo, «La libertad en regresión», que no ha hecho más que ser confirmado por los hechos. Es necesario que los que quieren otra cosa -otras cosas-lo digan claramente antes del 6 de junio. Parece que algunos tienen temor de esa claridad; otros dicen lo que no van a hacer en ningún caso, porque contradice lo que han sido y siguen siendo; por ejemplo, los que han representado siempre el régimen hundido hace poco tiempo en lo que fue Unión Soviética, lo que intenta retoñar otra vez en Rusia y en otras partes.

Es menester tener el valor de las propias convicciones, sin cuidarse de que vayan a gustar o no a los medios de comunicación o a una parte de los electores. Si se afirman y son valiosas provocarán la adhesión de muchos, que se sentirán representados; en ningún caso se conseguirá la de otros, ni hace falta. He formulado a veces un principio que me parece esencial: *no hay que intentar contentar a los que no se van a contentar*.

España se juega en las próximas elecciones tener un camino abierto o cerrado. Si sus resultados responden a lo que realmente es y quiere ser, será posible la esperanza, la ilusión, el entusiasmo; se podrá imaginar un proyecto nacional coherente y atractivo, capaz de unir a todos los españoles, incluso a los que queden fuera del poder y que nunca deberían ser excluidos. Ese fue el acierto incomparable de los gobiernos de la Monarquía en sus primeros años, cuando nadie quedó excluido ni proscrito, se gobernó para todos sin ofender ni perseguir a nadie.

**L**a democracia, aparte de sus posibles corrupciones, tiene una dificultad intrínseca: el poder se alcanza mediante los votos, y una fuerte tentación es conseguirlos por medio de las promesas o la demagogia. Ambas cosas son funestas; Suárez empleó con frecuencia la fórmula «puedo prometer y prometo», que a veces fue criticada, pero la verdad es que cumplió lo que prometía; esta fórmula ha sido sustituida después por otra, que se

**«La inmensa mayoría de los españoles está excluida de toda intervención en la marcha de la nación, salvo la de votar cuando hay elecciones.»**



*«Después de una larga época de elogios constantes a los 'éxitos', ha resultado súbitamente evidente que en realidad se trataba de fracasos.»*



calla a la vez qué se practica: «no puedo prometer pero prometo».

Haría falta un partido que tuviese escrupuloso cuidado de no prometer más que lo posible; se dirá que sería rebasado por los que tienen la promesa falsa; pero un partido veraz debería desenmascarar la falsedad de otros, mostrar la imposibilidad de cumplir lo ofrecido, probarlo con la experiencia cuando se trate de realidades ya efectivas. En cuanto a la dejnagogia, creo que pronto fatiga, y no es difícil mostrar que es eso y no otra cosa. Claro que hay que suplirla con una buena retórica, con el arte de mover a

las personas con el atractivo y la belleza de la palabra. Se ha llegado a olvidar la fabulosa potencia del lenguaje, que apela a lo verdaderamente humano en el hombre.

**C**asi todos caen en la trampa de creer que no interesa más que lo económico. Ciertamente tiene importancia -la realidad más que lo que se dice de ello y los espejismos-; pero no es lo único que cuenta. El hombre, dicho sea en su honor, se entusiasma cuando se le presenta algo atractivo, valioso, difícil, que vale la pena, de lo que se puede sentir orgullo. Si alguien tuviera el talento de poner ante los ojos de los españoles una imagen adecuada, rica, incitante, que respondiera a una historia y una cultura que se cuentan entre las más ilustres del planeta, sin narcisismo, sin rencores, sin provincianismos ni falsificación, estoy persuadido de que provocaría una oleada de entusiasmo que renovaría la moral. Nada interesante se puede hacer desde la mediocridad; hace falta la ambición, no la personal ni de partido, no la de los que se encierran en un quiste social y se desentiendan egoístamente de lo que pase con los demás, sino la ambición de hacer algo que requiera grandes esfuerzos y construya algo que justifique & una nación y sirva para edificar esos grandes cuerpos sociales de cuya perfección depende el destino del mundo: Europa, el mundo hispánico, Occidente.

**H**ay que desconfiar de los que ocultan sus verdaderos propósitos y se presentan con disfraz. Hay que desdeñar a los que no tienen ojos más para lo que creen sus intereses particulares, sin ningún proyecto propio, que están esperando a ver de qué lado caen las pesas para reclamar una parte de la victoria -y del posible botín-. Aquellos a quienes no importa qué pase en España, sino de quien podrán obtener más ventajas o beneficios, sin ver que la única manera de que le vaya bien a cada parte es la cooperación inteligente y generosa en la prosperidad del conjunto. Esto es lo que se ventilará el 6 de junio. Cuando se tiene espíritu democrático -eso con que se llenan la boca los que carecen de él-, unas elecciones limpias y correctas son siempre una victoria, porque en una verdadera democracia se cuenta con todos y todos siguen, desde un puesto o desde otro, poniendo en marcha la totalidad de un país. Vamos a ver muy pronto si la democracia española está viva o se convierte definitivamente en una ficción anquilosada, en lo que Quevedo llamaba «un vocablo y una figura».